La muerte es amarga por el pecado, y dulce por la Eucaristía.

"Diehoso el que tiene siempre la muerte delante de los ojos y se prepara para morir;"(1) bienaventurado el que tiene siem-Pre fijos los ojos en la Eucaristía, y se prepara para comulgar.

El cristiano en la Eucaristía, abre sus labios para dar entrada á Jesucristo que viene á darse á él; en su muerte, los abre para dar salida en su última boqueada, á su alma que va á entregarse á Jesucristo.

No creemos que pueda pintarse esta muerte, verdaderamente espantosa, con colores más vivos que los que dejó marcados en el lienzo de la Historia el pincel del inspirado Profeta.

"Me veo cercado por los dolores de la muerte, y torrentes de iniquidad me llenan de terror.

Me rodean dolores de infierno y estoy caído en las redes de la muerte." (2) "Porque tus saetas están enclavadas en mí y has descargado sobre mí tu mano. No hay en todo mi cuerpo parte sana, á

causa de tu indignación, y cuando considero mis pecados se me estremecen los huesos.

Porque mis maldades se elevan sobre mi cabeza, y me agobian como una carga pesada." (1)

"Me tiembla el corazón en el pecho, y el terror de la muerte me ha sobrecogido. El temor y el temblor se han apoderado de mí, y me hallo cubierto de tinieblas."(2)

Todo esto es verdad; pero también es verdad que la Eucaristía tiene remedios eficacísimos para todo ésto.

"Cuando la sangre de Jesucristo corre en nuestras venas—dice Cornelio A. Lapide—al momento sentimos un celestial refresco, que apaga nuestras concupiscencias, y un bálsamo que calma nuestros dolores."

El terror que infunden los torrentes de la iniquidad en el alma, desaparece arrollado por el torrente de delicias que brota de la Eucaristía.

Como los rayos del Sol disipan las tinieblas de la noche, y la voracidad del

⁽¹⁾ Kempis Lib. I, Cap. XXIII, § 2.

⁽¹⁾ Ps. XVII, 5 y 6.

⁽¹⁾ Ps. XXXVII, 3, 4 y 5.

⁽²⁾ Ps. LIV, 5 y 6.

fuego carboniza los cuerpos que se le ponen en contacto, así los resplandores de la Eucaristía disipan esos dolores de infierno que rodean al pecador; y el amor que es su esencia, consume las redes en que se halla cogido.

La amarga queja del pecador obstinado que se siente herido por las saetas de la indignación de un Dios ultrajado, la trueca la Eucaristía en una plegaria suplicante, que eleva al tabernáculo el pecador arrepentido; quien viendo que no hay en él parte sana, dice á Jesucristo Sacramentado con la misma fe, con la misma confianza, con el mismo fervor que el Centurión de Cafarnaum: (1) di una sola palabra y mi alma sanará.

Todos los huesos se estremecen á la consideración de los pecados cometidos; pero todas las fibras del corazón se conmueven cuando el Ministro de la Eucaristía, dice que han sido perdonados.

El pecador siente en su abandono que sus maldades se elevan sobre su cabeza, y que la carga de ellas lo abruma; pero en la Eucaristía se siente libre de ellas y

aliviado de su enorme peso, cuando al pie del altar oye que se le da la feliz nueva de que el Señor le concede la indulgencia, la absolución y la remisión de todos sus pecados; (1) y cuando oye una voz dulce, armoniosa, insinuante y persuasiva, que llama, que convida, que estimula, que insta, y áun pudiéramos decir que apremia á todos los que están cargados y fatigados, ofreciéndoles el descanso con su ayuda. (2)

"Yo soy el pan de vida;" (3) dice en la Eucaristía á los que se hallan sobrecogidos por el temor de la muerte; "Yo soy luz del mundo" (4) dice á los que se sienten cubiertos por las tinieblas; y á los que tienen delante de sí sus pecados, yo soy, les dice, "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." (5)

Esta terrible y desastrosa muerte, separa el alma de la gracia; y esta separación la realiza el pecado.

La gracia se halla unida á el alma por una unión tan intima, tan necesaria y tan

(1) Palabras de la Liturgia.

⁽²⁾ San Mat. Xl 28. (3) San Juan VI, 48.

⁽⁴⁾ Jb. VII, 12.

⁽¹⁾ S. Mat. VIII, 8.

natural, como la que une el alma al cuerpo, cuya unión constituye la vida; pues siendo la gracia un ser divino, esto es, una vida divina, esta vida no puede conservarse sin aquella unión.

Y así como la muerte separa el alma del cuerpo y priva al hombre de la vida, así el pecado separa la gracia del alma, causando á ésta la muerte.

Entre el alma y la gracia hay una fuerza de atracción vigorosa, enérgica, decisiva, que sostiene la vida espiritual.

El pecado, sutil como el microbio que infecta el organismo, se introduce entre el alma y la gracia; y dilatándose por el impulso que le comunican las pasiones desordenadas; y debilitando aquella fuerza de atracción por el fuego con que la concupiscencia quema sus resortes; y obrando por la acción de la fuerza repelente que la voluntad torcida le trasmite, acaba de efectuar tan funesta separación.

Pero en este estado tan lastimoso como alarmante, viene la Eucaristía y obra sobre el alma ya santificada por la Penitencia; con el fuego de su amor, no diremos siete veces, sino un número infinito de veces más activo que el fuego del pecado, consume hasta el último germen de éste: reduce á cenizas los que por haberse escapado al examen, no se han manifestado en la confesión, á condición de que sean confesados cuanto antes; ni el menor rastro deja de los pecados veniales; debilita, hasta aniquilarla, aquella fuerza repulsiva; los resortes que se habían aflojado, se vigorizan; la fuerza de atracción que se había destruído, recobra su intensidad y la unión se restablece.

En cuanto á la tercera muerte, la que procede de la gracia, aquella por la que muere el hombre para todo lo que no es Dios, para todo lo que lo aleja de Dios, y áun para todo lo que no lo acerca á Dios, el cristiano se la da por sí mismo; puede decirse que es un suicidio santo, en el que, por su propia mano, se da la vida por el que se ama; á la vez, es lento, porque no se consuma sino poco á poco y por grados; y para llevarlo á cabo, favorece, y ayuda, y conforta, y anima la Eucaristía.

"Morid mientras estáis vivos—nos dice San Gerónimo—para que viváis cuando estéis muertos: morid con la muerte de la gracia. (1)

⁽¹⁾ Epist. XVI.

"No hay día, hermanos míos, en que yo no muera por asegurar vuestra gloria y la mía que está en Jesucristo Nuestro Señor." (1)

Esta gracia cuando obra en toda su plenitud, nos da esta muerte, y al darnos esta muerte, nos asegura aquella vida.

Por eso la Eucaristía, que nos da la gracia en toda su plenitud, puesto que nos da en ella al autor mismo de la gracia, nos garantiza la vida eterna, es decir, la Bienaventuranza; y para ponernos en estado de recibirla, nos da dicha muerte, puesto que sólo son "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor." (1)

En el Señor sólo mueren los justos, y para morir como los justos, es indispensable estar muertos como ellos. "Tenga yo la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo." (2)

Para morir como los justos, es necesario morir para el pecado, y morir instante por instante; porque el pecado incesantemente se inicia, se manifiesta, ataca, y aunque se le deseche, aunque se le venza, aunque se le destruya, es como el ave fénix, que renace de sus propias cenizas.

Cada instante es una tentación, pues "tentación constante es la vida del hombre sobre la tierra;" (1) cada instante es por lo mismo una lucha; cada instante tiene que obtenerse una victoria; y esta victoria, para ser completa, ha de estar sellada con la muerte del enemigo, con la muerte del pecado, con la muerte del hombre carnal, con la muerte que procede de la gracia, con la muerte que pone al cristiano entre "los muertos," que dice el Apocalipsis son "Bienaventurados."

"Ya dice el Espíritu—continúa—que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los van acompañando." (2)

Y las obras que van acompañando á esos muertos, no hasta su sepulcro, sino hasta su Eternidad, son las efectuadas en aquellas victorias, en aquellas luchas, en aquellas fatigas, que dan derecho á la eterna "Bienaventuranza."

"Un gran combate en las tentaciones dice San Agustín-proporciona una gran gloria: no una gloria humana, y pasajera, sino una gloria divina y eterna."

⁽¹⁾ Ap. XIV, 13. (2) Num. XXIII, 10.

⁽¹⁾ Job. VII, 1, (2) Ap. XIV, 13.

Con toda propiedad dicen los Libros Sagrados que "grandes tentaciones están reservadas á los justos; pero el Señor los sacará victoriosos de todas ellas, librándolos de todos los males." (1)

Los medios de que Dios se sirve para coronar esta victoria; las armas que pone en nuestras manos para vencer en esta lucha; la fuerza con que nos sostiene para no sucumbir en el combate; el escudo con que nos preserva de los dardos enemigos, todo ésto está en la Eucaristía.

En la preparación para recibir este Sacramento; en la acción de gracias después de haberlo recibido; en el examen de la conciencia para purificarse en el tribunal del perdón, todos los instantes del cristiano pertenecen á Dios; en todos sostiene esa lucha consigo mismo, que le hace ocupar un puesto honroso en la milicia de Jesucristo; en todos se da muerte á sí mismo dándola al pecado; en todos se enriquece con esas obras que, dándole derecho á la recompensa prometida, lo acompañan en su lecho de muerte, lo acompañan en su juicio, lo acompañan

en su eternidad. Pues como con toda oportunidad lo afirma nuestro sabio catecismo, este Sacramento vale "lo primero, para apacentar el alma en la gracia de Dios y unirla con El: lo segundo, para no caer fácilmente en pecado y lo tercero, para alcanzar la perfección." (1)

Que nos apacienta en la gracia de Dios, lo aseguran sus mismas palabras que no nos permite poner en duda el hecho maravilloso, el beneficio sorprendente, de que El está en nosotros, y nosotros estamos en El. (2)

Que nos impide caer en el pecado, lo afirman en numerosos pasajes las Escrituras Sagradas, cuyas afirmaciones condensa el Concilio de Trento cuando dice que "la Comunión nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales. (3)

Que nos permite alcanzar toda perfección, lo demuestra el hecho de que por este Sacramento, somos trasformados en Dios. "Lo he dicho—dice con enérgica convicción el Salmista en un arranque

⁽¹⁾ Ps. XXXIII, 20.

⁽¹⁾ Ripalda.(2) San Juan, VI. 57.(3) SeS. XIII, can II.

Por eso los justos, los que han muerto en esta muerte que procede de la gracia, no temen la que procede de la naturaleza: pues entre las angustias de su estertor y las convulsiones de su agonía, su ángel custodio que los siguió en todos los pasos de su vida, que los sostuvo en todas sus luchas, que los levantó en todas sus caídas y que con diligente exactitud apuntó todas sus obras, que dentro de breves instantes van á figurar en su juicio, hace vibrar en sus oídos, inyectando en el fondo de su corazón estas consoladoras palabras: "No temas la sentencia de muerte: acuérdate de lo que fué antes de tí, y de lo que ha de venir después de tí." (2)

Y en un diálogo que no tiene nada de humano, y que sólo pueden escuchar los ángeles, el dichosísimo moribundo contesta con el acento de la tranquilidad y del consuelo: "mi cuerpo descansará en la esperanza," (3) y mi alma en la promesa del cielo. Porque el justo espera en

su muerte," (1) como el cristiano espera en la Eucaristía.

Esta le dice al cristiano cuando está en la Sagrada Mesa, que guardará su alma para la vida eterna; y al moribundo le renueva esta promesa, cuando está en el lecho de su agonía: "Yo los libraré del poder de la muerte; de sus mismas garras los redimiré. Oh Muerte, yo he de ser tu muerte! Oh Infierno, yo he de ser tu destrucción." (2)

Halagado por estas promesas y tranquilizado por aquellos consuelos, el cristiano moribundo que ha recibido unos y otras en la Eucaristía, hace sus últimas disposiciones para salir de este mundo, porque sabe que ha de ir" á la casa de su eternidad" (3)

Estas disposiciones no le costarán ningún trabajo, habiendo vivido la vida de los justos; porque éstos se arman de paciencia para vivir, y hallan delicias en la

¹¹⁹

⁽¹⁾ Ps. LXXXI, 6.

⁽²⁾ Eccli XLI, 5. (3) Ps. ZV, 5.

⁽¹⁾ Prov. XIV, 32. (2) Os. XIII, 14.

⁽³⁾ Eccles. XII, 5.

"Deseo mi disolución—decía el Apóstol—para estar con Jesucristo:" (2) para estar con Jesucristo, dice el cristiano, deseo la Eucaristía.

"La muerte—dice Cornelio A. Lápide—es para los justos el principio de la vida; es su despedida para el Cielo." Y la Eucaristía es para los cristianos la esencia de la vida, y su entrada al Cielo.

"Con la muerte—dice San Cipriano—pasamos á la inmortalidad;" con la Eucaristía la aseguramos.

"Provisto con este pan de vida—dice el Expositor citado (3)—el cristiano marcha con una confianza inquebrantable y remonta su vuelo hacia la gloria. El Dios á quien ha recibido en su corazón, lo recibe á su vez, en sus brazos, toma esta alma deificada por el Sacramento, y le da posesión de la eterna Bienaventuranza.

La Eucaristía disminuye las angustias

de la agonía y ahuyenta los horrores de la muerte."

Proyectando sobre ésta los fulgores de su luz divina, aquel admirable Sacramento, la alumbra en sus tres aspectos, haciendo desaparecer todo lo que la puede hacer desastrosa, y comunicando vigor á todo lo que la puede hacer agradable.

El último carácter de los tres que hacen á la muerte tan temible, consiste en que es única.

"Está decretado á los hombres el morir una sola vez, y después de esta muerte, el juicio." (1)

Es con tanta razón temible este carácter, porque las deficiencias de esta muerte no pueden corregirse, ni sus defectos remediarse, puesto que es única. Pues el horror á este terrífico carácter, lo hace desaparecer la Eucaristía.

Cada vez que el cristiano se prepara para comulgar, se prepara para morir. Se trasporta con la imaginación á su lecho de muerte; y convirtiendo su futuro en presente, y su presente en pasado, piensa, siente y desea, lo que entonces pen-

⁽¹⁾ San Agustin, Ep. á Fálipe.

⁽²⁾ Felip. I, 23.

⁽³⁾ Cornelio A. Lapide.

⁽¹⁾ Heb. IX, 27.

sará, sentirá y deseará; hace lo que entonces quisiera haber hecho; y observando en esta muerte anticipada los males que pueden rodear su muerte verdadera, los hace desaparecer, puesto que se halla en aptitud de hacerlo.

En esta preparación, siguiendo el consejo del Apóstol, se examina á sí mismo; (1) ya en el examen de conciencia que precede á su confesión, ya por el que hace después de haberla hecho, para no exponerse á profanar el Sacramento, y á comer su propia condenación, (2) que es el efecto desastroso de la comunión indigna.

Este examen de conciencia que precede á la comunión, y el Tribunal de la Penitencia á que se le lleva, hace pensar en el Juicio que tiene lugar inmediatamente después de la muerte.

Las estrechas relaciones que existen entre la Eucaristía y la muerte, hacen que casi se confundan el pensamiento de una y otra; y puesto que es una necesidad ineludible penetrar á los abismos de la muerte, es un desacierto imperdonable no refugiarse, para disponerse á recibirla, en los santuarios de la Eucaristía.



^{(1) 1}ª Cor. XI, 28.

⁽²⁾ Ib. 29.